

Maestras de escuela

Eulalia Hernández Ciro

Una historia de vida contada desde la sensibilidad de una hija que mira el pasado de su madre, las dificultades que superó y sus realizaciones en el magisterio. Una historia de mujeres que han resistido la inercia social por mantenerlas en la marginalidad, y cómo han conseguido por eso hacer parte del cambio que las reivindica históricamente.

Cada viaje a Sonsón, tierra de la familia materna, después de cruzar Mesopotamia y el Alto de la Frontera, cuando la neblina dejaba ver los imponentes paisajes, quería volver a escuchar la historia que siempre contaba Betty, mi madre. Señalando hacia las montañas, indicaba el camino de ocho horas a pie que tenía que recorrer cada semana para llegar a La Capilla, la escuelita donde tuvo su primer trabajo como maestra de escuela rural finalizando la década de 1970. Ocurría igual en los paseos al valle del río Cauca, cuando miraba hacia La Ciénaga, vereda de San Jerónimo donde continuó su trabajo como maestra en 1980. Aunque también había que subir una montaña, el camino de veinte minutos no era nada comparado con las trochas que le tocó recorrer en Sonsón.

Escuchar una y otra vez esas historias era fascinante. Me transportaba a su juventud, a su vida como estudiante y maestra y a la libertad y autonomía que gozaba una joven de 23 años de aquella época, que no pertenecía a las clases medias y altas



Secretaría de Educación, tomada por Diego García (Digar), en 1955.

de las ciudades, sino a una familia campesina de Río Verde, una lejana vereda del oriente antioqueño. Luego, cuando me acerqué a la historia de las mujeres en Occidente y en Colombia, y leí sobre las prohibiciones y conquistas a lo largo del siglo XX, me dí cuenta de la importancia para ella, y para todas nosotras, de ese oficio de maestras de escuela, que permitió a mujeres campesinas –y, a través de ellas, a muchas familias–, acceder a la educación media, ejercer una profesión con condiciones laborales dignas y, en varios casos, ingresar a la universidad.

Hilando estas pistas, las siguientes líneas cuentan historias íntimas,

cotidianas, de mujeres cercanas, *comunes y corrientes*, como dirían los historiadores sociales. Buscan ser un pequeño aporte y homenaje que valore y sitúe las grandes transformaciones que lograron –y siguen logrando–, muchas mujeres, desde pequeñas acciones. Y, por qué no, hacer contrapeso a la ausencia y los silencios de ellas y nosotras en la historiografía nacional.

La infancia en una escuela rural

Una de las imágenes que más resuena en mis recuerdos, es que repitió en cinco ocasiones el grado segundo en la escuelita rural de La Torre, vereda de Río Verde de los Henaos. En la

década de 1960, la oferta de la educación rural no había variado mucho de lo que fue desde principios del siglo XX: sólo había grados primero y segundo, donde se trabajaban nociones básicas de aritmética, lectura y escritura, religión y, con menos intensidad, geografía, instrucción cívica y urbanidad, educación física y agricultura o labores manuales.¹ Tampoco existía preescolar y solo se recibía a los niños a partir de los ocho años.

Antes de cumplir la edad requerida, la aceptaron como “arrimada” a la escuela donde iban su hermana y su hermano mayor. En el transcurso de ese año, aprendió a leer, que era el objetivo de primero. “Cursé por lo menos cinco segundos. Nunca me quedé en la casa”, recuerda. Las profesoras le insistían a Gregorio, su padre, para que la mandara a estudiar al pueblo, que ella era muy inteligente y allí podría terminar la primaria. Tanto así que, en los últimos años, era poco lo nuevo que aprendía y más bien ayudaba a las profesoras a explicarles a sus compañeros.

Desde la década de 1950, el informe de la Misión Económica y Humanista liderada por el padre Louis-Joseph Le Bret, advertía la precariedad y desigualdad de la educación en Colombia, sobre todo la rural, con casi un 65% de maestros

sin estudios complementarios y con sueldos pírricos que no garantizaban una mínima estabilidad. Los “locales precarios”, “la absoluta escasez de textos escolares”, “la ausencia total de medios didácticos” y la “falta de capacitación del profesorado”, fueron otros de los problemas identificados sobre la educación rural.

Al fin, al cumplir los trece años, Betty se fue para el pueblo y entró a tercero de primaria en 1970. Su hermana mayor, con solo 16 años, ya se había casado y los hermanos hombres estaban dedicados al trabajo de la finca. Viviendo en casas de familiares cursó hasta cuarto, pero se aburrió y volvió a la casa de los padres, que para ese momento vivían en La Pradera, vereda cercana al municipio de Nariño. El “destino” que le tocaba hacer allí, cada miércoles, de una a seis de la tarde, era planchar las ropas de toda la casa y de toda la familia, primero con la plancha que se calentaba en el fogón de leña y luego con la que se le echaba adentro el carbón, una innovación que alivió un poco el duro trabajo.

Con el pasar de los días, amigos y familiares le insistían que siguiera estudiando, que ella era muy inteligente y que no se quedara solo dedicada a los oficios de la casa. Atendió los consejos y llegó a Itagüí, a la escuela María Jesús Mejía cerca de la casa de su abuela materna y allí terminó la primaria. Al finalizar el año, por su buen desempeño académico, teniendo en

¹ Cfr. Colombia. Ministerio de Educación Nacional. Decreto 3468 del 21 de noviembre de 1950. Plan de estudios para escuelas urbanas y rurales.



[Foto 1] Recibiendo el diploma como normalista del IDEM Braulio Mejía, Sonsón, 1978. Álbum fotográfico Familia Ciro Murillo.

cuenta que cursó el grado quinto en seis meses, pues ingresó en mitad de año, la premiaron con un diccionario, el Pequeño Larousse Ilustrado, que todavía guarda y que sirvió a toda la familia para la consulta.

La Normal

Después de esos ires y venires, en 1972, con la primaria completa, Betty se quedó definitivamente en el pueblo para presentarse a La Normal. Funcionando con intermitencia desde finales del siglo XIX en varios lugares del país, las Escuelas Normales tenían estudios en periodos de cuatro a seis años y concedían títulos de Maestro de Escuela elemental y Maestro de Escuela Superior. Otra

de las características era que casi un 80% de la enseñanza normalista era para mujeres que, por lo general, provenían de los sectores populares y de las áreas rurales.

Respecto a la educación secundaria de la época, las Normales incluían formación pedagógica y un grado avanzado de cultura general. Para la década de 1970, entre el currículo figuraban: religión, urbanidad, historia patria, huerta casera, nociones de salud, higiene, ciencias agropecuarias, matemáticas, geografía, técnicas de laboratorio, deportes, entre otros.

Por estos años se iniciaba la reforma curricular que creó varias modalidades de bachillerato: académico, comercial, agrícola, industrial y pedagógico. Ser

maestra bachiller significaba una gran oportunidad para las jovencitas de la época, ya que en vez de ir al convento o casarse a temprana edad, con este título podían salir directamente a trabajar, por lo general en “un buen puesto” como maestras, cosa que no pasaba con las otras modalidades. Adicional a esto, el bachillerato pedagógico significaba cumplir uno de los requisitos para poder presentarse a la Universidad.

Así empezó sexto de bachillerato en el IDEM Braulio Mejía, por sus siglas Instituto de Enseñanza Media Diversificada. Vivió en el pueblo con una de sus hermanas menores, que también había llegado de la vereda a completar sus estudios. Su padre, que en ocasiones decía que para qué iban a estudiar las mujeres, tuvo que seguir los sentires de Ana Elvia, su madre, que las apoyaba: “muy bueno que todas pudieran estudiar”, anotaba, refiriéndose a sus cuatro hijas mujeres.

Aunque en primera instancia el oficio de maestras de escuela se convirtió en una alternativa casi exclusiva de educación para los sectores populares, hubo mujeres que desde su formación de maestras abrieron el camino para que muchas otras pudieran optar por formarse en profesiones distintas a la docencia.² Y no solo abrieron el camino, sino que

significaron un apoyo importante para otras mujeres. Una de las cosas que más recuerda Betty durante su estadía en el pueblo, era la solidaridad, el apoyo y los consejos que recibía de otras mujeres, quienes habían sido sus profesoras de escuela. Incluso, durante la semana vivía y cuidaba la casa de una maestra de escuela rural.

Los fines de semana, en vacaciones y en diciembre, trabajaba en El Caravana, el principal almacén de Sonsón, que se caracterizaba por ser el más completo del municipio y estar organizado por secciones de telas, damas, hombres, niños, ferretería. Este trabajo, junto a las clases que daba a algunas de sus compañeros de curso, le permitía sobrevivir y tener cierta autonomía económica e independencia de sus padres.

Durante el último año del bachillerato, Betty tenía 21 años, “era de las más viejitas”, junto con otras compañeras, que, por haber venido de las veredas, tenían un poco más de edad del promedio. En ciertas ocasiones, esta madurez les ayudó a cumplir los roles de directoras y maestras en las escuelas primarias anexas, donde realizaban prácticas de enseñanza.

En 1978 se graduó con honores. Obtuvo el primer puesto de su promoción y se quedó trabajando en El Caravana en febrero y marzo del año siguiente. Llegó a La Ceja, donde estaba su familia y empezó a averiguar para trabajar en una floristería, cuando a mitad de año recibió la llamada

2 Lozano, M. (2020). Maestras y pioneras: condiciones para el acceso de la mujer a la educación superior en Colombia en la primera mitad del siglo XX. *Revista de Antropología y Sociología: VIRAJES*, 22(2), 210-222. DOI: 10.17151/rasv.2020.22.2.9. 211



[Foto 2] Los días en la escuela Gabriel Restrepo, La Ciénaga, San Jerónimo, 1981. Álbum fotográfico Familia Ciro Murillo.

de la jefe de núcleo de Sonsón, ofreciéndole ir a La Capilla como maestra rural, en Río Verde de los Montes, a siete horas de camino.

La vida como maestra rural

Su padre fue el primero en protestar y le dijo que cómo se iba a ir para allá, sola y tan lejos. No hizo caso. Después de vivir sola en el pueblo y trabajar en el almacén, ya no negociaba su autonomía. Viajó a Medellín a hacerse los exámenes médicos de rutina, cerca del Edificio Carré y en el Instituto del Tórax, en el barrio Prado, y el 16 de julio de 1979 inició su camino como maestra de escuela, que se prolongaría por 29 años.

Llegó la hora de irse para la vereda, sola por un largo y desconocido camino. Encontró un corredor, de

esas casas de tapia que sirven de descanso a los viajeros y se sentó a reposar. Recuerda que lloró a cántaros hasta quedarse dormida. Sintió la soledad y se dio cuenta de que, en realidad, “eso estaba muy lejos”. Despertó, respiró profundo y siguió hacia su destino. De ahí en adelante no emprendía estos caminos sin la radio grabadora Silver modelo RT430, color negro, que funcionaba con pilas y tenía altavoz. Su sonido entretenía las horas y los pasos, y espantaba los ruidos que la asustaban.

Tremenda sorpresa se llevó cuando no encontró escuela, o mejor, llegó a una escuela que estaba a punto de caerse. Las maestras dormían en la casa cural y enseñaban en la capilla, entre santos y sillas de iglesia, desde el grado primero



[Foto 3]. Fiesta de los niños en la escuela Gabriel Restrepo, La Ciénaga, San Jerónimo, 1982. Álbum fotográfico Familia Ciro Murillo.

a quinto. En esa época tenía salario de primera categoría, unos \$5.915 al mes, que ajustaba un poco con bonificaciones: por ser normalista, ocupar el rol de Directora y porque se trataba de escuela unitaria y de difícil acceso. Con esto, el salario subía casi a \$14 mil pesos.

Cada ocho días, así fuera largo el camino, siguiendo la indicación de sus profesores de la Normal, iba al pueblo: “Vea, Betty. Usted tiene que ir algún día a estudiar en la Universidad. Váyase a trabajar en esa vereda pero no se quede por allá”, le repetían. Y es que era común que las maestras rurales se casaran –por lo general con el más vago de la vereda– no volvían a salir y se quedaban a vivir allá toda la vida.

Las largas caminatas pronto hicieron estragos. Tenía que pasar varias

quebradas; llegaba hasta el páramo de Sonsón y empezaba a bajar. Buena parte del camino era en escalones de piedra. En algunas ocasiones las familias de sus estudiantes, a mitad de camino, le mandaban una bestia, caballo o yegua, para que pudiera subir. A los nueve meses de ese repetido trayecto, se le hincharon las rodillas y tuvo que pedir reubicación. Exceso de ejercicio fue el diagnóstico.

Hizo las solicitudes de traslado y fue a parar a San Jerónimo, donde había una plaza disponible. Desde el punto conocido como Leticia le mostraron la escuela en el morro, en La Ciénaga. Considerando de dónde venía, le pareció cerquita, aunque a todos los maestros del pueblo les parecía lejísimos. Le impresionaron los precipicios y la carretera hacia Medellín, pero aceptó e inició una nueva etapa allí.

No había energía eléctrica. La escuelita era construida por la Federación de Cafeteros y ahí mismo estaba el apartamento para el maestro. Ya no era escuela unitaria, porque había tres maestras. Estaba acompañada de otras dos jóvenes normalistas. Cocinaban en fogón de petróleo y daban serenatas con un grupo de amigos para recoger fondos para la fiesta de los niños, que por lo general eran de disfraces. Así transcurrieron casi 4 años.

Llegaron noticias de la Universidad de Antioquia, ofreciendo el programa de licenciaturas a distancia. La oportunidad esperada. Estudiando en las noches a la luz de la vela, viajando cada quince días a Santa Fé de Antioquia y en vacaciones en Medellín a cursos intensivos, Betty inició Licenciatura en Matemáticas, carrera que dejó luego para estudiar Comunicación-Social y Periodismo, y que significó su ingreso a la Universidad.

Más allá de una inspiradora historia familiar, que nos recuerda nuestras raíces y vínculos con la tierra, escribo estas líneas porque en el camino he ido encontrando muchos hijos de maestras de escuela, hijos de familias campesinas y clases populares y medias que accedieron a la educación superior y a otros horizontes de vida. Sin ellas, las maestras de escuela, esas sendas que fueron abriendo y esos puentes que construyeron,

serían apenas trochas que tendríamos que empezar a abrir.

Referencias

Entrevista realizada a Betty Ciro Murillo, julio de 2021, La Ceja.

Álbum fotográfico de la Familia Ciro Murillo.

Colombia. Ministerio de Educación Nacional. Decreto 3468 del 21 de noviembre de 1950. Plan de estudios para escuelas urbanas y rurales.

Gómez Marín, Omar, Sergio Gómez Restrepo, Idilio Urrego Giraldo. *La educación en Colombia en el siglo XX. 1900-1980* Tesis de grado presentada para optar al título de magíster en educación. Universidad de Antioquia, Facultad de Educación, 1982.

Lozano, M. (2020). Maestras y pioneras: condiciones para el acceso de la mujer a la educación superior en Colombia en la primera mitad del siglo XX. *Revista de Antropología y Sociología: VIRAJES*, 22(2), 210-222. DOI: 10.17151/rasv.2020.22.2.9

Eulalia Hernández Ciro, Medellín, 1986. Historiadora y Doctora en Historia de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Magíster en Estudios Socioespaciales, Universidad de Antioquia. Profesora Investigadora del Instituto de Estudios Regionales INER de la Universidad de Antioquia. Coautora del libro *Palabras de amor en fragmentos de papel. De la escritura y los relatos populares en el Archivo Histórico Judicial de Medellín 1900 – 1950. Y de las cartillas Patrimonio vivo de Frontino. Inventario de las expresiones del patrimonio cultural inmaterial, Mucha tela que cortar. Memorias e historias desde los barrios de Robledo, y Arte, piel de barrio. Memorias artísticas y culturales desde las calles y esquinas del noroccidente de Medellín: 1970 – 2012.*